

JAVIER URRRA

Déjale crecer

*o tu hijo
en vez de un árbol fuerte será un bonsái*



JAVIER URRÁ

Déjale

crecer *o tu hijo*

en vez de un árbol fuerte será un bonsái



Índice

Cita
Agradecimientos
Viñeta de Forges
Introducción
Excusas al por mayor

I CAUSAS

1. La autoridad se diluye
2. ¿Quién educa hoy a los niños? Las redes sociales
3. Padres inmaduros. La no asunción de su papel
4. Equívocos abogados de sus hijos
5. Dejándose chantajear por los descendientes. Miedos parentales
6. Queriendo comprar el cariño de los hijos
7. Ser amigos de los hijos. El hogar como falsa democracia
8. Padres helicóptero

II DISTORSIONES

9. Que el niño no se traume
10. Sobreprotección. O cómo convertir un árbol en un bonsái
11. Deber, palabra innombrable
12. Educando para clientes, no para ciudadanos
13. Un parque temático

III CONSECUENCIAS

14. Primero yo, y luego yo. Niños egoístas, narcisistas, psicopáticos
15. La incapacidad para aceptar la frustración
16. Aquí y ahora. Diferir gratificaciones, una utopía
17. Los pequeños dictadores
18. Como el cristal. Duros pero frágiles
19. El choque con la realidad. Riesgos para los demás y para ellos mismos

IV

FORTALECIENDO A LOS HIJOS, A LOS ALUMNOS

- 20. Para convivir consigo mismo y con los demás
- 21. Para afrontar la vida sin pedirle más de lo que puede dar
- 22. Para ser agradecido. Para sentirse implicado
- 23. Para enfrentar el sufrimiento
- 24. Para alcanzar la autonomía

Epílogo

Anexo I. Protagonistas del devenir

Anexo II. Para leer detenidamente

Notas

Créditos

«Estos son malos tiempos.
Los hijos han dejado de obedecer
a sus padres y todo el mundo escribe libros».

MARCO TULLIO CICERÓN

Agradecimientos

A quienes transmiten a sus hijos que lo importante no es lo que se hereda, sino lo que uno es capaz de alcanzar.

A quienes educan a los niños en la capacidad de reflexionar y actuar coherentemente, de generar proyectos, aportar alternativas y soluciones, enfrentar dificultades, poseer fortalezas para sobreponerse a los contratiempos y hechos lamentables, comprometerse y sentirse concernidos, ser optimistas. En pocas palabras, a dar lo mejor de sí.

*Viñeta de Forges dedicada a Javier Urra
y publicada en El País el 6 de enero de 1999.*

Introducción

En la actualidad, tenemos unos padres que sobreprotegen en exceso, que transmiten a sus hijos sus propios miedos, que quisieran que sus niños no sufran, no padezcan.

Este es un posicionamiento erróneo, muy de cuento de hadas.

Nacemos y sabemos que vamos a morir. La vida es despedirse continuamente y está plagada de incomprendiones, deslealtades, dificultades. La sociedad, los profesores, los progenitores harán bien en fortalecer a sus hijos, preparándolos para afrontar sinsabores, frustraciones.

La actitud debe ser optimista y esperanzada, pero también realista. A la vida no se le puede pedir más de lo que la vida puede dar.

Bien está intentar eludir dolores, traumas evitables, pero siendo conscientes de que hay experiencias que deben ser vividas personalmente. No cabe vivir la vida del otro.

Sobreproteger en exceso puede llegar a ser casi un maltrato.

Claro que los padres deben de intervenir activamente cuando un hijo sufre acoso escolar, o es el agresor, pero no deben considerarse un «casco azul» entre dos niños que riñen por la pelota en el jardín.

Hay que educar para la vida y cada uno ha de cargar con ella. Hay que enseñar a anticipar, a predecir, a prevenir.

Tenemos muchos padres con hijos únicos que a veces se convierten en hijos solos, pues están en permanente contacto con adultos (sus padres, sus abuelos).

La existencia es un equilibrio entre la seguridad y la libertad; el riesgo, el azar, lo imprevisible forman parte de nuestro discurrir vital.

A los niños hay que enseñarles mecanismos de afrontamiento, pensamiento alternativo, resolución de dilemas.

Parece que algunos padres necesitan demostrar una continua preocupación, en parte neurótica, llevando al niño constantemente al pediatra, al adolescente al psicólogo, etc.

Nacemos con un temperamento, pero hemos de forjar un carácter en contacto con los otros. Los niños deben ir a hospitales para ver a otros niños que están francamente muy mal y a la residencia de los abuelitos donde impera la demencia senil. Y, por supuesto, han de contactar con la naturaleza, ir a campamentos, escuchar su soledad, mirar a las estrellas. Querer a los hijos es darles autonomía, es prepararlos para que no nos necesiten, es aportar los instrumentos para que sean adultos con un criterio, con coherencia, con congruencia, con consistencia.

Hablamos mucho de empatía, y de resiliencia, y habremos de formar desde corta edad en estas características.

Créanme, sobreproteger hace niños dependientes, frágiles, que necesitan un tutor, una directriz. Y cuando la vida los abofetea, quieren huir de ella y se ponen en riesgo. Vacunemos a nuestros hijos contra la desesperanza, la desilusión y el sinsentido. Aprendamos a crecer con ellos.

En este libro encontrará denominaciones relativas a los niños como pequeños dictadores, generación copo de nieve, niños afectados por el síndrome del emperador, hiperhijos. Usted sabe que hay muchos más, muchísimos más términos que nos hablan de esos niños que lo han tenido todo, que no solicitan, no demandan, sino que simplemente exigen. Niños que serán adultos y se convertirán más en consumidores que en ciudadanos. Niños puntualmente insufribles, que muchas veces son verdugos, cuando realmente han empezado siendo víctimas.

Y también, y referidos a los padres, aparecerán términos como padres helicóptero, quitanieves, guardaespaldas, que nos hablan de esos progenitores que buscan que los hijos sean ante todo, sobre todo y sobre todos, felices, que dan la razón a sus hijos por el mero hecho de serlo, que se dejan chantajear, sobornar, que quieren comprar su cariño. Esta hiperparentalidad, esta denominada sobrecrianza está relacionada con la necesidad de demostrar-se y de demostrar a los que les rodean que son muy buenos padres. Esos padres que siempre se preguntan cómo sancionar a un hijo o te plantean si decirle que no a un niño podría traumarle. Seguro que ustedes han oído hablar de las madres agenda, de los padres-manager, del síndrome de Wendy.

Todos nos avergonzamos de ver algunos padres que van con su hijo a matricularlo en la universidad o de esos padres que increpan al entrenador por no sacar a jugar a su hijo, una figura potencial, aunque solo cuente con siete años.

Resulta innegable que los niños nacidos desde los años noventa en los países desarrollados son los que más atención han recibido de sus padres en la historia. No me atrevería a hablar de una epidemia de sobreprotección, pero no estamos lejos, y eso se traduce en niños muy miedosos, con fobias, pues no se les permite afrontar ningún riesgo. Hay que educar a los niños también a manejarse en situaciones de estrés.

En las plazas públicas o en los jardines, los niños han de jugar con otros, y hasta pelear con ellos. Serán los propios niños los que pongan las normas, los que enseñen a autodominarse, a manejar la ira. No podemos ni debemos vivir en un mundo de miedos, de sustos absolutamente desproporcionados que trasladamos y transmitimos.

Los sucesos, las noticias, no nos pueden posicionar de manera paranoica creyendo que nuestros hijos van a ser secuestrados, violados, etc.

En los años setenta, el 90 por ciento de los niños que contaban entre seis y once años iban solos a la escuela, actualmente solo es el 5 por ciento, y la verdad, no hay un aumento de secuestros por parte de extraños (cosa bien distinta es si hablamos de algunos padres mal separados).

Hoy vemos niños a los que solo les falta llevar una etiqueta que ponga «muy frágil». Y, sin embargo, sabemos que cuando se hacen entrevistas de selección para la NASA, se pregunta cuánto, cómo y dónde jugaron de pequeños, y quien pregunta sabe por qué lo hace, pues la dependencia causa déficit de creatividad.

Y hablando de paradojas, la mayoría de los niños que llegan a los hospitales de urgencias han sufrido algún accidente en la zona donde los progenitores consideran que están más seguros, que no es otra que la casa, el hogar.

Es un error, no se dude, la pérdida de espacios de libertad para los niños. Los niños tienen derecho a ser frustrados, y a conocer los adverbios de negación. También es un error, y grave, «negociarlo todo», pues hay que hacer más fuerte psicológicamente al niño mediante competencias que lo ayuden a pensar, sentir y hacer.

En las páginas que vienen a continuación, hablaremos mucho de los niños, pero, debemos hacerlo también de los padres, algunos con poca tolerancia a la frustración.

Vivimos en ciudades muy grandes en las que se pierde mucho tiempo en los desplazamientos, las jornadas laborales son largas e intensas, los salarios son cada vez más bajos y, por ello, resulta difícil la presencia de relación estrecha y cálida con los hijos. Pero nadie me negará que las familias han de dar ejemplo de capacidad de perdón, que nos libera del pasado, y fidelidad al compromiso, que nos sujeta al futuro.

En cuanto al presente, el niño es un ciudadano único, una personalidad plena de individualidad y pletórica en su actualidad. Apreciemos a los niños como un todo, capaces de ser y obrar, participar, reflexionar, reinterpretar.

La infancia y la adolescencia no son simples etapas de tránsito, sino momentos de la biografía de seres individuales. Seres a los que hay que enseñar a vivir, descubrir, agradecer, saborear, afrontar los problemas.

En estas primeras páginas, permítanme que haga hincapié en la siguiente máxima: hemos de mostrar y transmitir el respeto por nosotros mismos y recordar que nos hacemos eternos a través de las personas a cuya educación contribuimos.

Y dicho lo anterior, la ética constituye y fundamenta nuestra personalidad. Vivimos y han de vivir en sociedad, y, como afirma Martin Buber: «No existe otra manera de construir una comunidad en la que se equilibre justicia y libertad más que basándola en la relación de encuentro entre personas».

Es claro y manifiesto que para alcanzar el bienestar se precisa asumir responsabilidad y compromisos, por lo que habremos de erradicar la falsedad de que la diversión y la felicidad son lo esencial, casi lo único, y además están asociadas al consumo.

Valoremos la austeridad, hagamos que los jóvenes se sientan ciudadanos, es decir, que estén comprometidos en buscar lo mejor para todos.

Anticipemos que solo puede responder de sí mismo aquel a quien se le enseña a autogobernarse. Es imprescindible recuperar las obligaciones, la *ob-ligatio*, que establecen una vinculación con los demás. Ser padre, ser docente, implica no tener miedo a la certeza de que uno va a tener autoridad sobre alguien, y estará obligado a hacer buen uso de ella.

Usted —ustedes— y yo mismo sabemos que solo hay algo que tiene más valor que la propia vida: la vida de un hijo. Y partiendo de esta premisa, con total responsabilidad, entendamos que educar exige tener un objetivo.

No hagamos hiponiños. La voluntad de libertad se agranda desde la solidaridad, la disciplina, la austeridad.

Seamos conscientes: los niños no precisan padres perfectos, ni una obsesiva búsqueda de la excelencia. Tampoco los niños son un producto. Es un error hablar de «gestionar niños». Es fácil que los padres vean a sus hijos tan especiales y únicos, pero conviene que se lo replanteen y, en todo caso, que no deseen una escuela especial y única, una sociedad adaptada a su hijo.

Los padres de ansiedad extrema generan jóvenes que ante exámenes como los de la EVAU (antigua selectividad) muestran ansiedad generalizada, sentimiento de muerte, palpitaciones cardíacas, ahogo...

Hemos de formar el carácter, sabedores de que el juego y el aburrimiento son motores de creatividad. No encumbremos a los niños a una peana, no eduquemos a golpe de Google. No queramos ser hiperpadres e hipermadres.

Vivimos en una sociedad donde hay una insoportable presión para tener éxito. Además, los niños son muy buscados por los progenitores y se les tiene muy tarde, por lo que los padres son muy mayores. Añádase que antes se tenían tres o cuatro hijos o más y hoy, en España, la media por pareja es de 1,3, o sea, que antes se les prestaba menos atención. Fíjense en los hogares actuales y verán que las fotografías ya no son de los abuelos, sino de los niños.

Y así andamos, y así nos vemos.

Hay quien matricula a sus hijos en múltiples actividades extraescolares, algunas «cuchi-cuchi». También hay progenitores que cara a cara o desde grupos de WhatsApp, traspasan la línea roja del respeto en relación a la labor docente. ¿Y qué decir de los padres que atacan al árbitro pues ha amonestado a su hijo de nueve años?

Digámoslo claramente: los padres y las madres tienen actualmente más miedos que antes, y de eso se aprovechan algunos holgazanes y vagos. Son pocos, pero sí los hay, jóvenes «ni-ni» que desean vivir del cuento, que cumplen treinta años y siguen matriculados en la universidad

sin ningún provecho, y naturalmente la palabra trabajo ni la conocen. Pretenden que sus padres les costeen sus gastos; es más, algunos los demandan judicialmente si se niegan a pagarles los caprichos. Además, siguen bajo su mismo techo. Estos caraduras deciden no dar palo al agua y vivir a costa de los infelices que les trajeron al mundo y no evitaron, con su educación, que el jeta se cronificara y que exigiera auténticos diezmos. El cordón umbilical permanece intacto.

Lo he visto con mis propios ojos en padres que acompañan a los hijos para matricularse en la universidad o para realizar entrevistas de trabajo.

Vayámonos más atrás y veamos a esos niños apalanca-dos en su habitación y en el asiento de atrás del coche, que crecen ya desde una obesidad peligrosa. Inmediatamente después apreciamos que la depresión y la ansiedad infantil aumentan, así como el abuso de drogas, las autolesiones y el suicidio, que, por cierto, son más comunes en los elegantes barrios del centro de las ciudades y en las arboladas zonas residenciales de las afueras.

El consumismo ha entrado sigilosamente, en cada rincón de la vida de los niños.

Decíamos que este es un mundo hiperexigente, y en el mismo hay niños que preguntan por qué los adultos tienen que controlarlo todo siempre. Hay quien considera que, sin quererlo (probablemente), los adultos han secuestrado la infancia de los niños. Hay niños que, en muchos casos, toman psicofármacos. Chicos que con doce años no han subido a un árbol porque sus padres les han transmitido una sensación de peligro.

Cuando los padres (no pocos monoparentales) solo quieren tener relación con el hijo, pero no con una pareja, no están interesados en debatir las pautas de educación, y más se obsesionan con sus hijos, menos se implican en el esfuerzo colectivo por alcanzar un bienestar social.

Vemos padres que hacen un esfuerzo titánico, que muestran un celo sobreprotector, que nos comunican ese ingenuo sentimiento de fracaso cuando el hijo sufre (sea por lo que sea). Son los denominados padres quitanieves, también llamados *curling*. Nos referimos a esas mamás y a esos papás que van despejando frenéticamente el hielo por delante de su hijo.

Algunos niños se han convertido en el proyecto de sus padres. Debiéramos tranquilizarnos y programar menos. Los niños han de jugar solos, sin adultos ni ordenadores. Aún recuerdo cuando hacíamos tirachinas y catapultas.

Hay que dejar de lado el perfeccionismo y la excelencia. Sobreproteger es desproteger, pues, en gran medida, el desarrollo de la autoestima en los niños proviene de la superación de retos por su propia cuenta. Estamos dejando sin recursos psíquicos al niño para afrontar la existencia. Da la sensación de que, en alguna ocasión, detrás de esa conducta se esconde una larvada agresividad ante el crecimiento del hijo como ser autónomo que se despega de nuestro «Yo».

No se debe titubear cuando se trata de impartir disciplina. Treinta años como psicólogo de la Fiscalía de Menores me lo han enseñado. Hay que saber decir «¡No!». Los niños demandan, aunque no explícitamente, disciplina y firmeza. Los límites permiten a los niños sentirse seguros, no neurotizarse.

Vemos muchos niños mal-educados, que tienen muchos problemas para reconocer las figuras de autoridad. Tan es así que muchos de ellos acaban engrosando el amplio ejército que impone la terrible violencia filio-parental, violencia sobre la que escribí, en el año 2006 en esta editorial, un libro con el título *El pequeño dictador: cuando los padres son las víctimas*, y que en 2015, también en La Esfera de los Libros, retomé en *El pequeño dictador crece*, tras poner en marcha el Programa recURRA-GINSO para padres e hijos en conflicto en el que setecientos jóvenes han resi-